

J A I M E B A R R E R A B.

**TIEMPO Y RITMO
DE LA AVENTURA**

QUITO-ECUADOR. 1940

JAIME BARRERA B.

TIEMPO Y RITMO
DE LA AVENTURA

ESTAMPA DEL FABULOSO CONQUISTADOR
DON SEBASTIAN DE BENALCAZAR

TRES ILUSTRACIONES DE GUILLERMO LATORRE

Imprenta de la Universidad
Central * Quito * 1940

SEÑORAS Y SEÑORES:

Exigencia es del Grupo «América» una conferencia pública de cada uno de sus nuevos socios. Y por tal motivo me he atrevido a ocupar este sitio, al que nunca esperé llegar. Traigo en mis manos, para cumplir con la obligación, no el tratado científico que comentarán los sabios, ni la balada suave dirigida al corazón de los poetas, ni la invención lírica cara a los dioses, sino unos modestos apuntes de historia, que de tal tienen muy poco y de entusiasmo mucho.

Es un retazo de historia americana. De nuestra historia, en la que pueden encontrarse todos los placeres y todas las enseñanzas que buscamos afanosamente en la historia de Roma o en la historia de Francia. Pero tranquilícense ustedes: no va a ser una clase, va a ser una novela la que van a escuchar. Porque así comprendo la historia: como una novela de realidades que parecen fantasías. El relato de realidades escuetas y mondas está bien para los eruditos, y yo no soy más que un estudiante que va a leer unos apuntes extraídos de los grandes libros.

Me he situado frente a la figura de un conquistador español y he medido toda su grandeza y su soberbía. Poco conocía yo de estas historias, ya que estaba, como todos, con la atención volcada sobre el pasado y el presente de Europa. Y una íntima satisfacción he sentido al retornar la vista y contemplar estas tierras ecuatoriales que nos dan vida.

He titulado estas páginas

TIEMPO Y RITMO DE LA AVENTURA

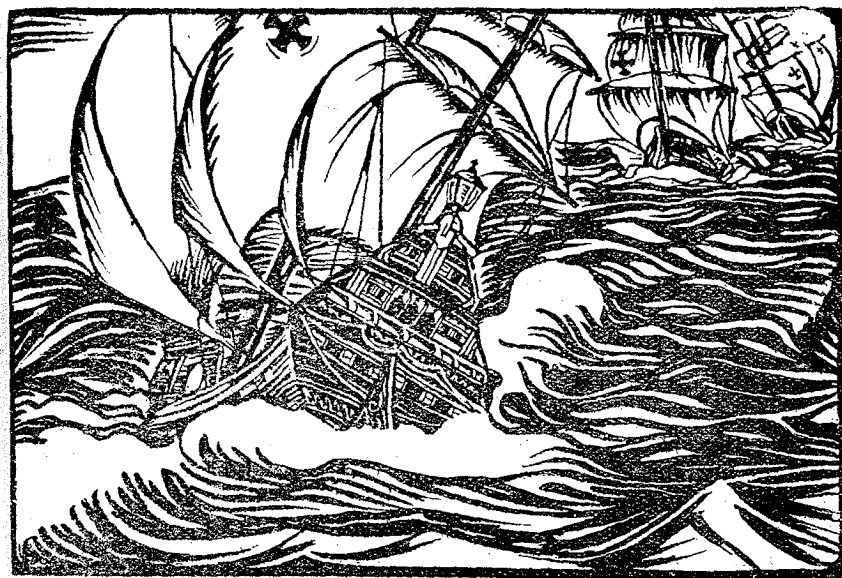
ESTAMPA DEL FABULOSO CONQUISTADOR

DON SEBASTIAN DE BENALCAZAR

Leyendas, acertijos, brujerías y mitos poblaban la atmósfera de la Edad Media, volviéndola espesa, exasperante, propicia a la inquietud y a la aventura. De entre las nieblas del Océano, y por obra de la audacia de Colones y Vespucios, de frailes y de mareantes, de soldados y de cosmógrafos, iba saliendo a la luz un mundo desconocido, un continente poblado de extraños hombres, de animales nunca vistos. Y se iba formando poco a poco el mapa de una América misteriosa, vestida con los colores del arco iris, que excitaba las fantasías y que invitaba a todas las audacias.

Nació América para el mundo y murió la Edad Media para Europa. La atmósfera espesa y exasperante que cubría a la Europa medieval, insufló de energía el espíritu de los hombres, y el viejo Atlántico pudo contemplar asombrado el espectáculo que hasta entonces fuera patrimonio del Mediterráneo: el paso de guerreros, el sonar de espadas, el tejer de ilusiones; un desfile de jasones que dejaban atrás seguras playas para ir a conquistar los reinos de la químera. Un ir y venir de adalides sobre unas aguas que hasta hace pocos años fueran el *Mare Tenebrorum*, temido y temible.

Cada viaje era un nuevo descubrimiento. Cada nao que regresaba traía informes que modificaban las cartas hechas el día anterior. Donde se suponía una isla estaba un continente. Donde se había dibujado un mar estaba un río. Y afloraban hasta



« . . . dejaban atrás seguras pl. yas para ir a conquistar los reinos de la quimera».

las mesas de los cartógrafos llanuras inmensas, cordilleras gigantes, selvas milenarias.

España, que dió el dinero y el aliento para el descubrimiento, convencida ahora de la existencia de un mundo nuevo en la mitad del océano, da también su sangre para la conquista de ese mundo. Y enrojecido de sangre europea y de sangre americana, comienza a llegar a la Península, en pesados galeones hinchados, un metal amarillo que va a crear el Siglo de Oro español y que va a crear toda la grandeza de España. Oro robado en los bohíos indígenas, arrancado de los templos mexicanos y peruanos, buscado con afán por cordilleras y llanuras, obtenido mediante tormentos y asesinatos. Oro de América para el esplendor de Europa. Oro de la América bárbara para satisfacer la civilización de Europa.

España se reproduce sobre la carne de América. Carne roja y áspera en cuya superficie aparece una Nueva España, una Nueva Castilla, una Nueva Granada, una Nueva Andalucía. Poco a poco una América española va naciendo entre sonar de armaduras, relampaguear de espadas, relinchar de caballos y agonizar de hombres. Empresa titánica iniciada en el mar, bajo la protección del astrolabio y continuada en la Tierra Firme con la cooperación del músculo y el acero, ante las miradas atónitas de un Sol divino cuya divinidad ha llegado al ocaso definitivo con el sacrilegio inverosímil de los conquistadores.

Héroes de Homero estos conquistadores y mareantes, en cada uno palpita una epopeya grandiosa, en la que no falta el artificio sobrenatural ni el amor de la mujer. Para los frailes y los filósofos, América es un continente creado por el diablo y poblado de incubos y súcubos y cuyas riquezas, añagazas son del demonio, fatales para los hombres. Y en cada aventura, en cada poblado, el capitán español vencedor y soberbio, busca a la mujer indígena como parte de su botín. Amor de paso, incidental.

y accidental, engendrará, a pesar de la fugaz presencia del macho, la raza futura de América.

Aventureros y bastardos, empresarios y contratistas, embaucadores y mercaderes, todos llegan al borde de la químera y construyen la más grande epopeya de la historia, que no necesita ser escrita ni cantada para ser magnífica y sublime. La epopeya está en marcha y Bernal Díaz del Castillo nos llama la atención: «Miren los curiosos lectores esto que escribo, si había que ponderar en ello. ¿Qué hombres ha habitado el Universo que tal atrevimiento tuviesen? Pasemos adelante».

La historia había abierto las puertas de la oportunidad, y por ellas se precipitaba una multitud anónima, flor de aventura nacida en la miseria, anhelosa de tener un nombre y un sitio bajo el sol. Hidalgúelos sin fortuna, leñadores, porquerizos, estudiantes ilusionados, capitanes formados en Flandes o en el saqueo de Roma, todos toman pasaje en las galeras que despacha Sevilla hacia el mundo fantástico con que tropezara Colón en su viaje al Extremo Oriente.

Sin más bienes que una capa y una espada, salían de España jóvenes y sin nombre. Al final de la travesía, durante meses angustiosos a través del Mar de Sargazos, ya les había nacido un bigote y una barba hirsutos que los convertirán en semidioses ante los ingenuos habitantes de América. El nombre... ya lo irán forjando de golpe en golpe, de estocada en estocada.

Hombres sin edad y sin nombre, se puede decir que nacieron en América. Que nacieron armados de todas armas y con

la madurez necesaria para la heroicidad. Como nació Minerva de la cabeza de Júpiter, tal se presentan los conquistadores a las miradas que escrutan seis siglos después.

Las Antillas fueron conquistadas. México fué conquistado y destrozada su civilización. Guatemala, Nicaragua, el Darién, Santa Marta, Cartagena, el español miraba hacia todos los horizontes con la mano en la empuñadura y la mirada brillante. Porque había encontrado oro en las tierras recién descubiertas. Y el oro sería lo que comprara toda la felicidad presente y futura. Y lo que abriera todas las puertas.

Descubierto el Mar del Sur, nuevos horizontes se extendieron ante la ansiedad de los aventureros. En el Darién se hacen y deshacen expediciones de descubrimiento, se construyen navíos, se remiendan velas, se enganchan soldados, y un continuo trajinar de mareantes, de pilotos, de capitanes, de artilleros y de infantes, promete una era de nuevas aventuras, de nuevos descubrimientos, de nuevas riquezas.

Y allí, ante la tentación del mar virgen que vela todos los misterios que la imaginación puede concebir, firman contrato para un descubrimiento un tal Francisco Pizarro, mozo audaz y ambicioso, un tal Diego de Almagro, montaraz y decidido y un clérigo con ribetes de loco llamado Fernando de Luque. ¿Los nombres son verdaderos? ¿Cuáles son sus antecedentes? En ambiente de tensión constante, en un puerto poblado de tipos de toda catadura, en un momento en que lo único que importa es el arrojo y la valentía, ¿quién se preocupa de averiguar nombres y antecedentes? Importan los hombres, y las firmas pueden hacerse solamente con una cruz.

En 1524 sale Pizarro con 114 hombres, en la primera exploración sobre el Mar del Sur. Las costas hostiles, los vientos desconocidos, el misterio por todos lados, esa expedición es un

completo desastre. Noticias llegan de ello a Panamá, y el Gobernador Pedrarias decide poner remedio a la situación de los peones enganchados.

Y con un gesto magnífico, con sonar de espuelas y brillar de dagas, se inicia la epopeya allá en la Isla llamada del Gallo, que consagra a los trece de la fama. Pizarro explora por primera vez las costas del Perú y regresa extenuado a Panamá. La sociedad está expuesta a la quiebra, ya que los gastos son infinitamente mayores que los ingresos. Y además, el Gobernador Pedrarias prolonga su autoridad hasta esas tierras no descubiertas, pretendiendo apoderarse de lo que todavía no existe, para fastidio y preocupación de los socios.

Con el fin de arreglar este asunto marcha Pizarro a España en 1528, firma unas capitulaciones reales por las que se le nombra gobernador y Capitán General de todo lo que descubriere en el Mar del Sur, Adelantado y Alguacil Mayor, todo con carácter vitalicio. Regresa entonces con el papel real en la mano y doscientos hombres en las galeras. Le acompañan también sus cuatro hermanos: tres Pizarros y un Alcántara.

En estas idas y venidas, en negociaciones y habladurías, han pasado siete años desde que se verificó la primera expedición. Al cabo de este tiempo sale la segunda compuesta de 180 hombres, 27 caballos y 3 navíos. Los compadres del contrato habían regado la voz por todas las Gobernaciones y Capitanías: iban a descubrir y conquistar el Perú, el más rico de cuantos reinos existían por acá. Y la propaganda no tenía más objeto que hacer acudir marineros y soldados para reforzar una expedición que marchaba contra fuerzas ignoradas todavía. Y habían, además, invitado a cooperar a varios capitanes amigos que languidecían inactivos en diferentes lugares de la América Central.

Pero se necesitaba comprobar ante los ojos escépticos de

los que se quedaban, que no eran fabulosas las riquezas prometidas, que no eran fantasías ni visiones los montones de oro anunciados. Los expedicionarios divisaron tierra habitada un día y dirigieron sus quillas hacia la playa. Asaltaron y saquearon la población como primera y única providencia, y el botín arrojó la cantidad de treinta mil castellanos de oro. Era la comprobación de los rumores, era la demostración de todas las fantasías. Estaban en la tierra del oro, y había que hacérselo saber también a aquellos que con sonrisa burlona los despidieron en Panamá. Por eso Pizarro, astuto y certero, remitió aquellos treinta mil castellanos al Istmo, «para acreditar la tierra, dice, y poner codicia a la gente».

La expedición siguió rumbo al Sur, pasó por las tierras de los Cojímies sin tocar, y fué a echar el ancla en una bahía serena que llamaron el Puerto Viejo. Aquí es cuando aparece en la escena tropical un nuevo Capitán: don Sebastián de Benalcázar, quien venía de Nicaragua atendiendo la llamada de Pizarro que lo conocía como bueno y valiente. Dos años más tarde, todos juntos, ocupaban ya Cajamarca, en pleno reino de los Incas del Perú. Habían matado muy cristianamente a Atahualpa y eran en total quinientos hombres.

¿Quién era este Benalcázar?

Como de todos los aventureros de la época, poco sabemos de Benalcázar. Nació en cualquier pueblo de España, creció y fugó un buen día a América, refugio de pobres diablos y de ambiciosos. Él, pobre diablo también y ambicioso, iba con su capa y su estoque, a nacer allá y forjarse un nombre.

Ni siquiera se llamaba Benalcázar, pues éste era el nombre de un castillo en los alrededores de Córdoba, junto al cual nació. Su hermano se llamaba Fabián García Moyano y su hermana Anastasia Moyano. De manera que él pudo ser Sebastián Gar-

cia, o Sebastián Moyano, o Sebastián García Moyano. Pero prefirió nombre más sonoro y señorial para entrar en las páginas de la historia, por lo cual escogió el de Sebastián de Benalcázar.

En cierta carta posterior al Rey, señala que pasó «a Indias en descubrimiento dellas» en el «año de 1507, siendo solamente descubierta la Isla de Santo Domingo a donde llegué». Con Nicuesa o con Pedrarias debió pasar al Darién, en donde fué designado para una guarnición en Nombre de Dios, guarnición abandonada y olvidada, que se moría de hambre y que mataban poco a poco los indios. De allí los sacó Vasco Núñez de Balboa, y les dió tierras en Santa María la Antigua. Seguramente Benalcázar acompañó al descubridor del Mar del Sur, y sus ojos fueron también los primeros en ver aquel mar que no conocían los mapas de los más afamados cartógrafos.

Poco habrá durado su vida como colono en Panamá, ya que el ambiente era de inquietud y de improvisaciones. Seguramente por entonces ya habló con Pizarro y con Almagro, con quienes habría platicado y hecho proyectos. De aquellos absurdos proyectos que entonces se hacían, y que a la vuelta de pocos meses o años dejaban de ser absurdos para convertirse en asuntos corrientes y naturales.

Anduvo Benalcázar por Centro América; estuvo en la fundación de Nueva León y fué su primer alcalde. Descontento con la conducta de Pedrarias, fué uno de sus violentos opositores, por lo cual se le remitió prisionero a Santo Domingo en donde fué juzgado y absuelto. No todo era aventura y fuerza en las nacientes colonias. El capitán descubridor y conquistador llevaba en sus mesnadas hombres de leyes y hombres de iglesia que establecieran en las nuevas poblaciones el mecanismo judicial y el mecanismo religioso. Golillas y frailes combatían también con el acero en la mano y cuando el caso lo requería dejaban el ar-

ma a un lado para empuñar la pluma y sentar una acta o para dar a un agonizante los últimos socorros espirituales.

Retornó Benalcázar a la ciudad de León, en donde debió haber recibido la misiva de Pizarro en que le solicitaba su concurso para la conquista del Perú de los Incas, empresa difícil pero prometedora. Las palabras de Pizarro tocaban sus fibras más sensibles y ofrecían la oportunidad que estaba buscando. Nuestro héroe, que por entonces se llamaba ya Don Sebastián, fletó por su cuenta un navío, compró caballos y enganchó hombres. Mar adelante, jugando una partida en que sólo confiaba en el azar, fué a reunirse con Pizarro en las costas de Puerto Viejo, llevándole un refuerzo de 30 hombres y 12 caballos.

Y así acometieron esos capitanes la conquista inaudita del poderoso imperio de los Incas. Desembarcaron en Piura y se internaron en el continente, cruzando desiertos y ríos hasta avistarse con Atahualpa en Cajamarca. Del rescate del Inca, cupó a Benalcázar 407 marcos de plata y diez mil pesos de oro.

Pero la pequeña tropa española debía dividirse para intentar la conquista. Debía sobre todo tener lista la retirada y vigiladas las espaldas. Benalcázar fué designado para hacer guarnición en el puerto de San Miguel de Piura, a donde marchó con nueve de a caballo, mientras Pizarro seguía la marcha hacia adelante, hacia el corazón del imperio de los Incas, comandando una fuerza de quinientos hombres con la que intentaba sojuzgar un imperio de varios millones de habitantes.

Y aquí tenemos ya a Benalcázar de guarnición en San Miguel de Piura. Su situación es un tanto secundaria para sus inquietudes y ambiciones: guarda libre el camino hacia el mar para Pizarro y Almagro que están conquistando un rico imperio. Un desierto de arena se extiende ante sus ojos separándolo de la expedición; el mar a sus espaldas, inmenso e inexpressivo, sig-

nifica el camino hacia Panamá. Y hasta el mísero poblado con pretensiones de plaza fuerte, llegan de vez en cuando rumores que son tentadores: hacia el Norte existe un Reino de grandes riquezas, el mismo que suministró el oro para el rescate de Atahualpa.

Don Sebastián medita en las noches largas y monótonas de Piura. El no ha venido a ser teniente de Pizarro, el peón de un Capitán que va a obtener la gloria. El no puede sumergirse en la masa anónima de los que cooperaron en una conquista. Es tan valiente y tan audaz como su jefe. Merece tanto o más que él. ¿Por qué no puede iniciar por su cuenta una conquista que le capacite para tener Gobernación propia y ser el amo de sí mismo? La Gobernación de Pizarro está delimitada en las capitulaciones que trajo del último viaje a España. Pero fuera de esos límites, hacia el Norte y hacia el Sur, existen extensas tierras que no son de nadie. Y hacia el Norte, los rumores que llegan hasta Piura dicen que hay fabulosas riquezas. Ayer no más se supo de la existencia de un señor indígena que cumpliendo un rito religioso bárbaro, doraba su cuerpo y se sumergía en una laguna. La conquista de esta tierra del señor dorado, ¿no sería una empresa digna de su coraje? Y contempla sus armas en reposo y su armadura arrumbada contra una pared, mientras la idea le trabaja insistentemente la imaginación.

Por fin un día llegan embarcaciones de Centro América. Llegan hombres y caballos, y llega también la noticia de que don Pedro de Alvarado, el conquistador compañero de Cortez se apresta a la conquista de las tierras tropicales con gran número de navíos, de gente y de caballos. No duda más Benalcázar. Toma doscientos hombres de los recién venidos y 60 caballos, con los que emprende la marcha hacia el Norte dejando abandonada la población de San Miguel.

Era un acto desesperado de honda raigambre española. De-

lante un mundo por conquistar; detrás una selva que se cierra aislándolo de todo lugar de salvación. Al lado de una tropa hambrienta y enferma. Benalcázar revive así la esencia trágica de España, para la que la desesperación es el punto de partida hacia las obras creadoras. Ha quemado sus naves también, y se juega la vida en una carta.

No se cuida de comunicar a Pizarro por no demorar más su proyecto, y por así «parecerle a él que servía al Rey». Comprende que esta marcha es una verdadera deserción y que en adelante no podrá contar con la irrestricta confianza de Francisco Pizarro. Pero comprende también que es su oportunidad esperada, y se lanza sin vacilar a la aventura. Va a iniciar la conquista de tierras desconocidas, defendidas por fuerzas que no conoce, pobladas por gentes cuyo idioma ignora. Pero la suerte está echada y ya marchan abriendo trocha en la espesa vegetación costanera los 200 hombres y los 60 jinetes. En las oquedades, entre la maleza, sobre los pantanos, empiezan a sonar ruidos extraños: las armaduras crujen, las espadas golpean los arreos, los caballos piafan de impaciencia. Es el año de 1533.

Carrochobamba primero, Zoroplata después, en pleno territorio cañarí. La expedición ha sentido ya los primeros fríos de una sierra inhóspita, sobre la que caminarán todavía muchos días, muchas semanas, muchos meses. Y tropezaron con la primera e indecisa resistencia de los indios que huyeron a los primeros fuegos dejando un botín de ovejas y de mujeres de piel de canela, necesarias, tanto las unas como las otras a los ávidos españoles de la expedición.

El azar se mostraba favorable desde estos primeros pasos: los cañarís, que habían sido rudamente maltratados por Atahualpa en su guerra contra el Cuzco, mantenían latente su resentimiento contra el Reino de Quito, y creyendo encontrar el instrumento vengador en los españoles, los recibieron bien y les obsequiaron

provisiones y tejidos. Ocho días permanecieron los expedicionarios en Tomebamba y siguieron hacia el Norte, hacia el nudo de Tíocajas.

Era la primera experiencia con una naturaleza terrible, a la que habrán de acostumbrarse en los próximos años, y a la que habrán de vencer en los próximos meses. Los Andes se presentaban como el primer obstáculo y la primera avanzada de las fuerzas indígenas alarmadas ya por su presencia, y por sobre las montañas, a través de las llanuras, cruzando ríos y pantanos, caminaba la pequeña tropa, precedida por los jinetes, y sintiendo constantemente el frío que atravesaba las férreas corazas, la fiebre que los mosquitos dejaban luego de su estocada imperceptible en medio de un paisaje soberbio y magnífico.

Al final de esta etapa hacia Tíocajas, llegaron a acampar a una legua escasa de una tropa indígena que estaba resuelta a defender la tierra. Diez hombres de a caballo destacó Benalcázar como exploradores, al mando de un Teniente que, para conservar presente y activa la esencia de la heroicidad española en tierras americanas, se llamaba Ruy Díaz. La tropa de avanzada, después de haber estudiado la posición de los indios, sus medios de defensa y su posible capacidad de ataque, regresó a dar cuenta de su cometido al campamento español. Al ver aquello los indios, creyeron que su presencia había infundido miedo a hombres y caballos, y como avalancha de cobre corrieron sobre los que regresaban, gritando, como cuenta ingenuamente algún cronista: «Aguarda, aguarda, que daros hemos el tesoro de Atabalíba o pagarnos heyes su muerte». Del real de Benalcázar salieron a socorrer a Ruy Díaz, cuarenta jinetes que, a la voz de ¡Cristo y el apóstol Santiago!, arremetieron contra los quince mil indios adornados de oro que combatían con ardor. En esta embestida los indios dejaron muchísimos muertos en el campo y se desbandaron, pero se rehicieron pronto y volvieron al ataque, poniendo en grandes apuros a Benalcázar. La situación era

grave y las pérdidas considerables: habían muerto cuatro cristianos y cuatro caballos.

El caballo era el arma más eficaz de la conquista. Su aspecto infundía terror a los indios, y a su paso se abría inconscientemente la fila de flecheros. «El éxito de la conquista después de Dios se debe a los caballos», afirma Bernal Díaz del Castillo. Y se comprende que la pérdida de un caballo fuera más lamentada que la pérdida de un cristiano.

La segunda embestida fué rechazada trabajosamente, y caía ya la tarde, cuando los indios se presentaron de nuevo al ataque, como si comprendieran que todo el porvenir, todo el futuro de la raza americana dependía de ese día, enrojecido ya por la sangre de miles de hombres. Diez mil combatientes se lanzaron sobre el campamento español, arrojando flechas y piedras y venciendo el temor que producía en sus filas el fuego de los arcabuces y el resoplido húmedo de los caballos. El cerco se iba estrechando cada vez más y allí hubiera terminado la expedición, si la noche no hubiera venido a poner una tregua en la batalla.

Ya los españoles barbados y cubiertos de hierro no eran dioses para los indios. El rumor de su crueldad y su codicia se había extendido rápidamente y el hálito divino que los rodeaba había desaparecido para siempre. Los indios comprendían que eran hombres como ellos que venían a usurparles la tierra y las riquezas. Y hasta los caballos dejaron de tener poco a poco el ascendiente terrorífico del príncipio. Ya los arqueros se atrevían a dirigir sus envenados dardos contra las grupas redondas de alazanes y tordillos traídos de Castilla y de Andalucía. Más apreciaban los indios dice Oviedo, matar un caballo que diez cristianos. Y su inventiva se había ingeniado para anular a la caballería en campo abierto: construían hoyos en el campo, los cubrían de ramas y se retiraban provocando la persecución de

los jinetes. Los caballos que caían en los hoyos estaban irremediablemente perdidos.

En 75.000 calcula Oviedo el número de indios que atacó a los españoles en esta jornada. Al día siguiente, la tropa indígena se había replegado a la montaña, vigilando siempre el movimiento de los españoles. Y acariciando un sentimiento de igualdad de fuerzas, nacido del resultado indeciso del día anterior. El prestigio de las armas españolas se había roto y, por primera vez en tierras del Incaío, los hidalgos y aventureros españoles palpaban y comprendían su temeridad.

El dilema se presentó entonces aterrador. O regresar o avanzar. Lo primero significaba la seguridad, la tranquilidad, la vida. Avanzar era el batallar continuo, la zozobra permanente, la muerte —de frío, en el páramo inclemente, de hambre, en el páramo hostil, a manos de indios en cualquier parte—. Pero el regreso significaba también el desprestigio y el final de una carrera, mientras que el avance podía ser la gloria, la riqueza, el poder. Benalcázar, aventurero ambicioso y adalid temerario, no podía dudar ante el dilema. Y no dudó.

Comprendió que para el buen éxito de su empresa, para levantar el ánimo maltratado de sus hombres, convenía vencer de cualquiera manera a los indios, o burlarlos, que era también una forma de obtener victoria. Y la casualidad vino a ponerse a su servicio en tan crítico momento. El vecino Juan Camacho de Piura tenía un indio que conocía un camino escondido hacia el territorio de Puruhá; y a las indicaciones de ese guía se confiaron y levantaron el campo «sin esperar la claridad del día».

Rumíñahui, —Oromínavi para los españoles— que estaba tejiendo esta resistencia continua ante el avance, había guarnecido la vía clandestina con quinientos hombres que fueron destruidos por los conquistadores. Era una victoria pequeña, pero

fué un botín magnífico. Jinetes y arcabuceros, infantes y capitanes, habían olvidado por el momento su obsesión de oro, pues tenían la desesperación del hambre. Y el botín de la pequeña batalla fué una gran cantidad de provisiones, entre ellas «unas raíces que llaman papas». Ese día pudieron llenar el estómago, reparar energías y entregarse a la muy española costumbre de la siesta. Ningún oro podría proporcionarles la felicidad que en aquellos momentos les deparó el hallazgo de maíz y papas.

En los días siguientes, y ante las dificultades de la ruta, Benalcázar optó por verificar una desviación: retrocedió de donde estaba y dobló hacia el Poniente, encontrando un río, el Chimbo seguramente, que atravesaron construyendo balsas. Pero no iba sólo el capitán español: escondido en la manigua, acechando en las montañas, siguiendo la altura cuando ocupaba el valle, y bajando a la hondonada cuando él tomaba la altura, el ejército de Rumiñahui desarrollaba una marcha paralela, vigilante y amenazadora. Así llegó Benalcázar a la laguna de Colta, con Rumiñahui a los alcances. Su mirada abarcó el llano y la laguna y comprendió que las alturas que los dominaban serían el mejor sitio para su campamento. Dejó treinta hombres para que entretuviesen al ejército indígena, mientras él escalaba la pequeña colina que le serviría de refugio. El caudillo indígena descargó toda su fuerza sobre esos treinta jinetes, esperando desbaratar el plan de Benalcázar. Los treinta hombres que cubrían la retaguardia empezaron a batirse en retirada y pidieron auxilio, dando oportunidad a su Capitán para una réplica de puro acento épico. Benalcázar respondió al enviado que «si treinta hombres no bastaban, que se enterrasen vivos».

Es admirable esta novela en que frecuentemente se batían hombres contra ejércitos, y en que treinta o cuarenta jinetes resisten a miles de indios desnudos. Los hombres de Europa, forrados de hierro, dominando el fuego, peritos en el arte de matar hombres, combatían contra indios armados de flechas y de hondas,

primitivos todavía en el arte de la guerra, que gritaban y se pintarrajaban para espantar a sus adversarios.

Burlando a los indios, Benalcázar continuó su marcha por las alturas, rehusando siempre la pelea en los valles, en donde los hoyos inutilizaban su caballería. Perdió prestigio a los ojos de los indios, pero ganó terreno hacia el Norte. En esta partida, más valía la astucia que la fuerza, y astuto desde su nacimiento había sido Benalcázar.

Pronto llegó a la vista de Riobamba, pero ya no pudo rehusar la batalla. Treinta mil indios lo atacaron, y la pelea fue dura y agotadora. El brazo se cansaba de dar mandobles, los arcabuces se calentaban con los disparos, los caballos tenían rojo de sangre hasta los pretales. Y nuevos indios se presentaban a aumentar el número de los muertos. Por cada uno que caía, diez nuevos saltaban hacia adelante. Al final, Rumiñahui comprendió que era inútil la carnicería y retiró su tropa. Cinco españoles habían muerto. Y los demás pudieron descansar algunos días en Riobamba, en los aposentos del señor del país.

Sebastián de Benalcázar no llevaba consigo, como Jiménez de Quesada, ni un teólogo como Las Casas con quien platicar sobre cosas de religión, ni un poeta como Castellanos con quien hablar de amores y amoríos. Sus compañeros eran todos soldados, hombres de armas, rudos y duros, magros y enjutos, con quienes de vez en cuando cavilaría acerca de ese triángulo trágico que los enlazaba por igual: la vida, la muerte y la guerra. Poco tiempo tendría, además, para estas pláticas y poco tiempo también para las reflexiones. Esta marcha de pesadilla, con un ejército indio a la vista, en que cada quebrada podía ser una emboscada, en que cada breña podía ocultar un flechero, afilaba los sentidos de todos, hacía enmudecer sus bocas, suavizar sus pasos, alertar los ojos; esta marcha exigía toda la atención hacia el ca-

mino y sólo los músculos estaban tensos. Para la charla casi no había lugar.

Aspecto siniestro debía presentar esa tropa de hombres cubiertos de armaduras que había enmohecido la humedad, tocados con yelmo y celada que enmarcaban unos rostros pálidos, en los que acentuaba más el colorido enfermo el negro de una barba y un mostacho criados durante meses de fatigas, y en los que brillaban con fulgores de daga, unos ojos febriles por el hambre, por la sed, por el cansancio y por las enfermedades que, en forma de vapor salían de los pantanos, que en forma de insectos revoloteaban por la selva, que en forma de raíces se les ofrecían a su ansia famélica en los páramos. Arañadas sus entrañas por el hambre, entumecidos sus miembros por el frío, estos hombres estaban conquistando un reino de igual extensión que España.

Luego del corto descanso en Riobamba, la expedición reanudó la marcha hacia el Norte. Siempre al Norte, en busca del oro, de las tierras donde un rey cubre de metal su cuerpo. En busca de El Dorado.

¿Estaría El Dorado en ese Quito que empezaba ya a sonar en labios de indios como promesa cercana? El cálculo de las probabilidades no entraba en el cálculo de los conquistadores. Cualquiera versión podía ser buena, cualquiera leyenda tenía que ser comprobada. Y todo debía ser visto con los propios ojos.

La marcha eterna continuó sobre los Andes. Los volcanes miraban atónitos a la insignificante mesnada ante la que retrocedían los guerreros que habían llegado hasta el Cuzco. Cerca de Ambato, de nuevo Rumíñahui se presenta incansable y tenaz. Y de nuevo tiene que retroceder ante el hierro y ante los caballos. En su persecución, Benalcázar llega hasta Latacunga, dejando cubierta de cadáveres cobrizos la ruta que construyera el Inca. Sin embargo, el brazo no descansa, la resistencia indígena

no cesa nunca y nuevas escaramuzas, nuevas emboscadas y nuevas batallas tienen que librarse para seguir avanzando.

El caudillo indígena, que desde las fronteras de Puruhá había venido oponiendo valiente resistencia a los invasores y retrocediendo irremediablemente ante las diabólicas armas, después del último encuentro retrocedió hasta la capital del reino que intentaba defender. Regresó a Quito, ordenó la salida de todos sus habitantes y puso fuego a la ciudad. En su afán de despojarla, y poseído de mística locura, arrasó la ciudad, dió muerte a las mujeres del Inca y a las vírgenes del Sol, y recogiendo 11 hijos de Atahualpa y todas las mujeres de la población, se alejó al Occidente a esperar otra oportunidad para volver a la lucha. Los españoles que buscaban el tesoro real, y que en Quito encontraron una cantidad de oro menor que la imaginada, supusieron que Rumiñahui se lo había llevado, y enviaron destacamentos a buscarle. El general quiteño, huyendo constantemente, pudo organizar una última resistencia con los caciques de Chillo y Latacunga, pero de nuevo la derrota terminó los esfuerzos.

Mientras tanto el oro prometido no aparecía. Aquello que recogieron en Quito y en los campamentos sucesivamente abandonados de Rumiñahui, no bastaba a colmar la ambición. El Dorado no era éste; pero estaría cerca seguramente. Y Benalcázar continuó su marcha hacia el Norte. Pasó por Cayambe y llegó hasta Caranquí, en donde encontró una casa cuyos muros estaban recubiertos de planchas de oro y plata. El Dorado estaba próximo!

¿Cuántos meses habían transcurrido en esta loca carrera por la avenida de los volcanes? Tal vez un año, tal vez menos. En todo caso, mucho tiempo han vivido esos hombres desde que salieron de Piura. Muchos años de sufrimientos y de amarguras, en que sus cuerpos enflaquecieron, sus músculos adquirieron destrezas supremas y sus cabezas blanquearon. Sin embargo, el

corazón de esos españoles seguía latiendo rítmicamente y el coraje había aumentado.

Una inesperada noticia llegó al campamento de Caranquí: Almagro estaba en tierras del Reino de Quito, y ordenaba a don Sebastián regresar inmediatamente. La llamada era urgente.

Los conquistadores del Perú eran también los dueños del Perú. A pesar de todos sus recelos, a pesar de sus ceños fruncidos, se conservaba entre ellos una especie de solidaridad ante el peligro. Almagro, que debe haber venido a Quito por disposición de Pizarro, a vigilar de cerca los trabajos de Benalcázar, pide ayuda a éste en un momento de peligro. Así lo deja advertir el mensaje que recibe al pie del Imbabura. Sólo entonces sofrena los caballos cubiertos de espuma, sólo entonces vuelve a una realidad prosaica el Capitán Benalcázar que desde hace tiempo está corriendo obsesionado buscando oro y matando indios. Regresa a donde está Diego de Almagro, quien le informa que Pedro de Alvarado, el Teniente de Hernán Cortez en la conquista de México, ha llegado de Centro América dispuesto a conquistar Quito, que caía fuera de los límites asignados a Pizarro.

Almagro y Benalcázar, unidos ante el peligro que representaba el capitán centroamericano, deciden oponerse a sus intentos por todos los medios a su alcance. La primera providencia, legal y de gran valor, es presentar una ciudad española que demostrara la primicia en la posesión y que ubicara a Alvarado en la poco favorable situación de invasor o usurpador. Efectivamente, con precipitación, fundan los capitanes en la llanura de Riobamba la ciudad de Santiago de Quito, y se aprestan a recibir al centroamericano.

Alvarado, aventurero también y español, había desembarcado en las costas ecuatorianas e inmediatamente había emprendido la ascensión hasta Quito. Atravesó selvas, cruzó pantanos, es-

caló cordilleras, y llegaba a Riobamba después de haber pasado por tremendas calamidades. Los hombres se le morían helados en el páramo, los caballos caían rendidos por las jornadas, los soldados arrojaban en medio de la nieve el oro que habían podido recoger, para aligerarse y caminar más livianos. Ochenta hombres y muchos caballos habían muerto durante la violenta marcha. Una vez en la altiplanicie, al observar aldeas arrasadas y huellas de caballos en la arena, supuso que una expedición española le había precedido.

Unos y otros destacaron avanzadas de reconocimiento y se informaron de sus fuerzas. Un español en estas tierras abiertas a la conquista, podía ser enemigo de otro español. Ambos sabían a qué iban, y ambos blandían en la diestra una espada que podía dirimir derechos y superioridades.

Los de Alvarado toparon a los de Almagro y los apresaron. Llevados al campamento, fueron puestos en libertad y encargados de un mensaje de don Pedro para don Diego: el recién venido pedía provisiones para sus hambrientos soldados y que se le informara del camino al Cuzco, que quería conquistar para sí.

Mientras tanto, la primera ciudad castellana en tierras del Ecuador estaba ya fundada. Era Santiago de Quito, y su fecha de nacimiento el 15 de agosto de 1534. Fundada precipitadamente, fué también pronto organizada. El español, por más hombre de armas que fuera, trajo siempre consigo al leguleyo capaz de escribir una acta y de atestiguar, en calidad de notario, para la fe pública.

Las primeras providencias en la nueva ciudad fueron organizar un Cabildo, nombrar alcaldes, regidores y procuradores y leer un pregón en que se invitaba a los que quisiesen ser vecinos de ella, a registrarse como tales ante el escribano. Sesenta y

ocho personas acudieron a este primer registro de vecinos de Santiago de Quito.

Teniente de Gobernador de la ciudad, Diego de Almagro se dirigió a Alvarado conminándole a salir de estas tierras o a exhibir el permiso real que para conquistarlas tuviera. Los emisarios de Almagro, al mismo tiempo que cumplían con su cometido, realizaban también faena de astucia y de soborno, ponderando ante los famélicos recién venidos las riquezas que habían obtenido y las que podrían obtener. Alvarado decidió poner punto final a estos manejos, y levantó su campo resuelto a avistarse con Almagro. Confiaba en su superioridad numérica, y sobre todo en la suerte, la compañera inseparable de todos los conquistadores que andaban de aventura en América. Avanzó hasta Mocha y se situó frente a la ciudad de Quito levantada en la llanura de Riobamba. Almagro se hizo fuerte dentro del recinto, cavó fosos, construyó bastiones y se dispuso a la resistencia.

Pero el Cabildo, que fuera consultado para salvar responsabilidades, se mostró indeciso tornando al Capitán conciliador. Alvarado, por su parte, irritado por las continuas deserciones y animado por alguna tribu indígena que comprendió la ventaja de que los cristianos se destruyeran mutuamente, marchó sobre Riobamba en indudable actitud agresiva. Sin embargo, después de las bravatas, los españoles volvieron a envainar las espadas, no atreviéndose a pelear y acudiendo a la razón para arreglar sus situaciones.

Después de incidentes sin importancia, llegaron a un acuerdo: Alvarado recibiría diez mil castellanos de oro a cambio de sus soldados, sus naves y sus esclavos. El precio debía serle pagado por Pizarro, por lo cual prepararon la marcha hacia el Sur Almagro y Alvarado.

Antes de partir, Almagro dispuso el traslado de la fundación al lugar en donde estuvo la capital de Atahualpa, sitio ideal para una ciudad, que en ese entonces debía cuidar sobre todo del aspecto militar, por las ventajas que ofrecía como fortaleza natural. La villa quedó fundada y fué su Gobernador don Sebastián de Benalcázar, que disponía de 459 hombres. La fecha de esta fundación nos la da Castellanos en un verso casi cabalístico:

Y COMEZARON A FUNDAR APRISCO
 EL DÍA DEL SERÁFICO FRANCISCO,
 AÑO DE TREINTA Y CUATRO, CON LOS CIENTO
 QUINCE, QUE CUENTA RELIGIÓN CRISTIANA.

en el que la fecha no es del todo exacta, ya que «el día del seráfico Francisco» es el 4 de octubre, y sabemos que la fecha de la fundación fué el 28 de agosto, escogiéndose el nombre, no en honor del santo de Asís, sino en honor del Muy Magnífico señor don Francisco Pizarro, Capitán General de todo lo descubierto, en cuyo nombre se hacía la fundación.

Benalcázar quedaba de nuevo como único jefe de estas tierras. Pizarro y Almagro estaban muy lejos, y su iniciada carrera podría ser continuada sin estorbos. Tenía ya una importante población en el centro de un rico reino,

QUITO,
 CUYAS RIQUEZAS VENDE POR MILAGRO
 LE VELOZ FAMA CON SOBERBIO GRITO.

según Castellanos, el poeta de la época. Y su importancia personal están diciéndola las actas del cabildo; «el muy noble señor Sebastián de Benalcázar, thenyente de governador e de capitán general» de esta provincia. Su nombre es el primero en el empadronamiento de vecinos para la villa recién fundada.



« . . . recubierto de acero y cota de malla, con el paisaje de la montaña que él venciera, al fondo . . . »

Dura la mirada, negrísimo los ojos, contraídos constantemente los labios, el mentón fuerte, el torso ancho como de un atleta, Sebastián de Benalcázar ha llegado a la madurez espiritual y física, templando sus diáfanidades, poblando de aristas cortantes su contorno. El sol y la lluvia, el frío y el hambre, el oro y las vírgenes indías, le han dado la experiencia y le han pulido el alma. Está en el ecuador de su vida y en el Ecuador de la tierra. Y se encuentra ya, recubierto de acero y cota de malla, con el paisaje de la montaña que él venciera al fondo, ilustrando definitivamente las páginas de la historia americana, junto a las figuras de los Pizarros, de los Solís, de los Quesadas, de los Valdívias, de los Cortez.

Ya ha partido Almagro hacia el Sur con Alvarado, y Benalcázar se dirige hacia el Norte a cumplir con la providencia de fundación de la villa de Quito. Santiago de Quito queda desierto de hombres blancos, y termina allí su vida, terminado el objeto para el que fué creada.

Recorriendo senderos y cruzando parajes conocidos, Benalcázar se dirige lentamente hacia Quito. Pero en un «pucará» de Pillaro, fortaleza inexpugnable y bien situada, le espera el tenaz Rumiñahui, cuyo bronce heroico a menudo golpeó los flancos de la cabalgata española y que sólo con la muerte cejó en su empeño de la hazaña americana frente a la aventura española. Las dos razas, las dos tropas, los dos mundos se encontraron en una batalla larga, dura y encarnizada. A pesar del número de los indios, Benalcázar sintió de nuevo la satisfacción de la victoria. Rumiñahui, herido y sangrante, intentó sin éxito la huida hacia el Oriente. En adelante tuvo que sufrir la humillación de acompañar al vencedor y de ir recogiendo el polvo de la sierra detrás de la caravana de hierro atenta sólo a la epopeya que estaba viviendo.

Una última resistencia y una nueva victoria en las cercanías

de Ambato. Otro cacique, otro caudillo, otro héroe indígena sintió en sus venas profundas hervir de rabia la sangre espesa; Zopasopanquí detuvo durante dos días la marcha de los españoles, para caer vencido y prisionero víctima de un asalto sorpresivo que su estrategia embrionaria no pudo prever.

Rumiñahui, Zopasopanquí, un cacique de Chillo, seguían atados y doblegados el cortejo de los vencedores. Quisquis había muerto. El reino de Quito quedaba sin caudillos, y los hombres de las tribus y los niños y las mujeres, estaban agotados por una pelea continua contra estos diablos barbados a quienes respetaban las lanzas y los dardos. Los dioses lares parecían haber abandonado a la gente de la montaña y del páramo apenas llegaron los españoles. Aun los volcanes habían rugido y arrojado torrentes de lava, en señal segura de enojo. El fatalismo nacía ya en el cerebro del indio, engendrado por su impotencia frente al hombre venido del mar. Todos pedían paz y se rendían sin pelea. El Reino de Quito se entregaba al vencedor. En una entrega que era más bien refugio y ocultamiento, antes que ofrenda abierta y total. El indio en adelante, por más esclavo que sea, por más junto al español que se encuentre, va a ser el espectador de la vida, el que ve pasar, el que ve suceder, sin tomar parte en nada, sin dar de sí ni un esfuerzo íntimo, sin sentir emoción por ese trabajo y esa vida que le son ajenos, que le han costado lágrimas y sangre.

Benalcázar inicia sus tareas como Teniente Gobernador de San Francisco de Quito con una ordenanza para el trazado de calles. La ciudad se encuentra en un terreno desigual, cruzada de quebradas, dominada por un volcán y limitada por colinas. Las calles no podían sino seguir el zig-zag de una quebrada, la ondulación de un ribazo, formar encrucijadas y recodos. Bastante trabajo debió haber dado configurar esa ciudad que continuaría a través de los siglos la tradición de Atahualpa.



« . . . el espectador de la vida, el que ve pasar . . . »

Disposiciones municipales, preocupaciones administrativas, pacificación de zonas vecinas, distribución de solares, arreglos de colonización, fueron las primeras cosas que hizo don Sebastián. Pero su espíritu y su capacidad no eran para la vida administrativa. Su mano no sabía manejar la pluma y durante la vida sólo tuvo tiempo para aprender a dar estocadas. Las cuatro paredes de la oficina, a pesar de que era la primera de la ciudad, y de que quedaba en su misma casa, le ahogaban y le oprimían. Entre ellas su poderoso pecho no hallaba el aire suficiente, y su mano no sabía qué hacer.

El añecillo del campo llegaba puro todavía a la incipiente ciudad, y en él se adivinaba el perfume de los bosques, el relente de los ríos bravíos, y venía la llamada de afuera, incitadora de la inquietud e invitadora a la hazaña.

Don Sebastián se dió en pensar sobre su próximo futuro. Podía ser que el destino le reservara en propiedad la Gobernación de Quito en estos reinos del Perú, y era necesario que hubiera una salida al mar, propia y directa. Seguramente pensaba en las ventajas de un puerto, como punto de llegada antes que como ruta de huida.

Como consecuencia de esto, marchó hacia la costa, hacia el vasto golfo que podía albergar millares de galeones, y fundó la ciudad de Santiago de Guayaquil, en la que dejó a su teniente Diego Daza como Capitán y Alcalde mientras él regresaba a Quito para explorar la zona Norte.

Diego Daza y sus soldados, maltrataban a los huancavílcas, a los que pedían oro, plata y «mujeres hermosas». Los indios se sublevaron, atacaron la ciudad y mataron a toda su guarnición. Sólo pudieron escapar Daza y unos pocos soldados, que se dirigieron a Quito a dar cuenta de sus malandanzas. En ausen-

cia de Benalcázar, el capitán Diego de Tapía organizó una expedición de castigo que fué derrotada lastimosamente.

Por esta época, el nombre del Perú sonaba ya en España con tintineo metálico prometedor de fabulosas riquezas. Empezaban a llegar los lingotes del oro peruano que iba a deslumbrar a la Península. Cristóbal de Mena llegaba un día con ocho mil pesos de oro y novecientos marcos de plata como quinto para el Rey. Otro día llegaba a Sevilla Hernando Pizarro portando 153 mil pesos de oro y cinco mil marcos de plata, que era el quinto que venía a entregar al Rey. Los peruleros enviaban a sus allegados y parientes el oro que habían encontrado, y la suma de los encargos subía a cantidades exorbitantes.

España había sentido estremecerse su carne a la vista de tanto oro, y de los puertos autorizados partían embarcaciones de todos los tamaños repletas de hombres que iban allá, a recoger el oro con las manos. El Emperador concedía ya a Pizarro el título de Marqués de Atavillos y a Almagro el de Mariscal del Perú y Gobernador de Nueva Toledo, con lo cual encendería la primera guerra civil entre los conquistadores, que terminaría sólo con la destrucción de los Almagros primero y de los Pizarros después.

La tierra era rica por virtud natural, y Oviedo explicará: «Atribúyese toda esta riqueza y abundancia de metales finos y tantos minerales que hay en este reino, con más abundancia y fineza que en todo lo descubierto, a la mayor cercanía a la línea por la mayor actividad de los influjos del sol y de algunas otras estrellas y astros». Los dos Capitanes del Perú eran ya famosos y ricos, mientras Benalcázar estaba quedando a la zaga. El oro que había hallado, a pesar de ser abundante, no lo era tanto como para colmar sus ambiciones. Necesitaba encontrar la tierra de El Dorado, y necesitaba una Gobernación extensa y propia. En todo ello cavilaba mientras recorría el Norte de Quito, cuan-

do un indio que apresó su tropa informó que más allá, atravesando montañas, existía una Cundinamarca, cuyo rey se sumergía ritualmente en las aguas de una laguna sagrada,

«UNGIDO TODO DE TREMENTINA
Y ENCIMA CUANTIDAD DE ORO MOLIDO».

Ya no había posibilidad de duda. Era El Dorado, el fantástico país cubierto de oro; la riqueza, la gloria! El secreto de América que tantos ilusos buscaban desde hace años desde Santa Marta hasta el Mapocho!

Pedro de Añasco salió hacia el Norte, hacia el país de los quíllacíngas, con un pequeño grupo encargado de verificar las exploraciones previas. Después de unos días, enviaba mensajes ponderando las riquezas que había encontrado y las mayores de que tenía noticia existían más allá. Era un fatídico «más allá» que venía sonando en los oídos de los conquistadores desde su salida de Piura, como un sonsonete agorero o como el canto de las sirenas. Benalcázar envió refuerzos a Añasco con su capitán Juan de Ampudía, el hombre de confianza que no sería capaz de traición alguna. Juntos, Ampudía y Añasco, continuaron sus andanzas y llegaron hasta el Patía al frente de 160 soldados. En este punto fueron atacados por una fuerza de indios calculada en tres mil, a la que, por costumbre y por necesidad, vencieron fácilmente. Continuaron hasta el territorio de Popayán, venciendo siempre a las tropas indígenas que se les oponían, siguieron el curso del río Cauca, y llegaron a Cali.

Benalcázar, en Quito, tenía ya organizada una expedición de trescientos hombres entre infantes y caballeros. En los albores de 1535 se encaminó hacia los territorios descubiertos por sus capitanes. Hasta Otavalo la marcha fué tranquila y feliz. De allí en adelante, los pastos primero y los patías después, los amagaron constantemente, presentándoles combate o preparándoles

emboscadas. No pasó día en que no tuvieran que echar mano de la espada y hacer tronar los arcabuces. Mil ojos acechaban desde la espesura o desde las alturas la marcha de los invasores. En todo momento sufrían la sensación molesta y crispante de una vigilancia invisible. Cuántos trabajos, cuánta hambre, frío y fatigas para llegar a Popayán.

Siguiendo la huella de Ampudia, que Benalcázar reconoció fácilmente, de la misma manera que meses atrás Alvarado la suya, fué a acampar una tarde frente a Cali, al otro lado del río, en esa parte ancho y agreste. Ampudia, advertido de la llegada de una tropa castellana, y en previsión de cualquier desaguisado, fundó inmediatamente en el lugar en que se encontraba, la villa de Ampudia, a fin de tener como otrora su jefe, la prueba incontestable de su primacía en la posesión. Por la noche, cautamente, envió algunos hombres para que, atravesando a nado la corriente del río, averiguaran quiénes eran los recién llegados. Pronto se reconocieron las dos tropas, depusieron toda desconfianza y se unieron para seguir juntas.

Dejando una guarnición en la villa de Ampudia, Benalcázar siguió explorando el territorio y fundó la ciudad de Popayán, en el mismo sitio en que tenían un poblado los indios, y en que se levanta ahora.

Y ya es el momento de hacer notar una característica de la conquista española, general a todas las posesiones de América, por alejadas que estén de los centros de abastecimiento y de tránsito. El conquistador penetra en la selva, salva la corriente de los ríos, rompe la maraña vegetal que se opone a sus pasos, arroja a los ejércitos indígenas y va fundando ciudades que al principio no son más que lugares fortificados capaces de servir de cuartel general y de base para exploraciones vecinas. Sin embargo, la expedición pasa, va más allá en busca de riquezas, y los visionarios desaparecen tras el horizonte; en la fortaleza, villa o

ciudad recién fundada, que sirvió de cuartel general y de fortificación de emergencia, queda una pequeña cantidad de hombres: de vecinos de la villa, que serán la simiente para las poblaciones urbanas del futuro. La tropa expedicionaria y conquistadora recorre así grandes territorios, fundando ciudades y desgranándose de hombres en cada una. Una, dos, cuatro ciudades quedan detrás de un conquistador, y en todas ellas una población suficientemente organizada, con vitalidad prometedora. Y a pesar de eso, la tropa conquistadora continúa igual en coraje, igual en inquietud y hasta igual en número, por una contradicción épica inexplicable a primera vista. Tal parece que estos aventureros tienen la virtud de dividirse como las células y que son capaces de dejar hombres en todas las ciudades que van trazando con su espada, sin por ello amenguar en número y empuje.

En Popayán tampoco dejó de oír Benalcázar el estribillo mágico: más al Norte estaban las riquezas. Por ello organizó exploraciones y reconocimientos al rededor de su nuevo cuartel general. Y también cuidó de buscar salida al mar, aunque con mala fortuna. Mientras no se independizara completamente de Pizarro, exhibiendo un derecho concluyente a una gobernación indisputada, Benalcázar seguiría sintiéndose ligado al Marqués, y su prudencia le aconsejaba demostrar fidelidad. Regresó pues, a Quito, con el objeto de enviar un informe de todo lo hecho descubierto y conquistado, para conocimiento de Pizarro en Lima.

Su maniobra fué prudente y oportuna, pues Pizarro, receloso por la conducta independiente de Benalcázar, había pensado —y lo había hecho ya— destituir a su Teniente de Gobernador para reemplazarlo con Pedro de Puelles, que gozaba de su entera confianza. Pizarro quería la Nueva Castilla toda para sí, y no estaba dispuesto a compartirla con otro, así fuera éste Almagro o Benalcázar.

Pero Benalcázar logró recobrar el valor de su celoso jefe

y Pedro de Puelles fué enviado a fundar la Villa Viciosa de la Concepción de Pasto, mientras él entraba de nuevo como Teniente de Gobernador a la Villa de Quito en 1537. Han pasado cuatro años desde la salida de Piura, y los resultados podían ser halagüenos para cualquiera que no fuera él, que estaba resuelto a escribir brillantes páginas de la historia americana, aunque dejara la vida en la demanda.

Como en la vez anterior, la campaña le llamaba. Un gran capitán español se ahoga en las ciudades y en los burgos, y sólo se encuentra a sí mismo cuando se torna campeador. Metido en las callejas de la ciudad, clangor de clarines, rolar de espuelas, piafar de caballos, griterías de indios, le martillaban las sienes incitándolo a otra salida, como al caballero manchego, cuya historia debía escribirse setenta años más tarde en una cárcel de Argamasilla de Alba.

Resuelto a la expedición, encontró que el Cabildo de Quito, obedeciendo a subterráneos manejos de Pizarro, se oponía a ella. Intrigas, tejemanejes y habladurías dividieron en dos bandos a la población. Los que no querían la salida del Gobernador eran los más, lo cual es explicable si se tiene en cuenta que esa expedición haría de muchos vecinos que formaban parte del capital humano de la villa, soldados que no la reportarían ningún bien; que esa expedición se llevaría caballos, indios de servicio, y muchas otras cosas que redundarían en innegable perjuicio para la más tarde «muy noble y muy leal ciudad de San Francisco de Quito».

Sin embargo, detrás de los horizontes, en las noches frías y claras del Pichíncha, se alcanza a ver, allá al Norte, resplandores de color amarillo que iluminan los cielos y las pardas cumbres de la serranía. A ese horizonte quiere ir Benalcázar, a averiguar la razón de los resplandores, a buscar el sitio donde está el oro. Y con la vista fija en ese Setentrión imantado, vence

los pequeños obstáculos que le presenta la villa y sale, caballero en alazán brioso, al frente de una tropa aguerrida y bien provista. Está empezando un nuevo año, y va a empezar una nueva aventura.

Pasó por Pasto y Popayán, continuó hacia el Norte, desviándose a veces, pero siempre rectificando oportunamente la marcha. Como una brújula humana que señala y busca su destino, así marcha el adalid, apretados los labios e inexpresiva la mirada. Pasaron los días, las semanas, los meses, y, por las mesetas y los riscos, seguía imperturbable y confiada la cabalgata. Lluvia, sol, frío, guerra, nada era suficiente para detenerla. Allá iba, diligente y tenaz, directa hacia el pórtico de la fama.

Mucho había llovido y muchas veces había salido el sol desde su partida, cuando tuvieron aviso de que en las cercanías, al Norte, se encontraban otros españoles. Ante la noticia, el recelo cundió y las espadas vibraron en sus vainas. Podía ser el peor encuentro en tierras de nadie y de todos y pudiera ser que necesitara abrirse paso a fuerza de estocadas.

Listo y altivo, Benalcázar estaba pronto para la cita de los aventureros. Detrás suyo quedaba una cadena de ciudades por él fundadas: Guayaquil, Quito, Pasto, Popayán, Cali, Tinamá, Tocaíma. La punta de su acero no solamente había desgarrado músculos y entrañas de indios, sino que había trazado también la perspectiva de las primeras ciudades castellanas, siguiendo la dualidad grave y fecunda del espíritu español, la misma por la que un Cid mató moros y cultivó huertas valencianas.

La meseta de Teusaquillo iba a contemplar un espectáculo único en la conquista: desde tres lugares de América convergían tres expediciones y tres capitanes. El Licenciado don Gonzalo Jiménez de Quesada ascendía trabajosamente el curso del Mag-

dalena, el tudesco Federman cruzaba los llanos y los Andes de Venezuela y llegaba casi desnudo y hambriento hasta la altiplanicie del zipa de Bogotá. Benalcázar, audaz e impaciente, venía buscando el Dorado desde las tierras del Perú fantástico.

Quesada, el primer llegado, detuvo a Benalcázar con la advertencia de que estaba en territorio conquistado. Y el mensaje quebraba violentamente el rayo de quimeras que venía persiguiendo desde Quito. Sin embargo, supo perder como un hidalgo. Pues que era un huésped, había que hacer honor al anfitrión. Vestió a su gente con magníficos trajes, exhibió bríosos caballos de vistosas gualdrapas, plumas soberbias, espuelas de plata, interminable cortejo de indios de servicio, bolsas repletas de oro, cofres de joyas. Los capitanes de Quesada, que habían llevado su mensaje, admiraron todo este esplendor y fueron invitados a una cena digna de un potentado asiático. Cuando regresaban, no podían menos que envidiar y ponderar la riqueza de los «peruleros» de Benalcázar.

El Gobernador de Quito, con ademán generoso y fanfarrón, puso a disposición de Quesada toda su riqueza para aliviar la suerte de sus hombres. Pero el aventurero del Norte también llevaba en sus venas sangre española, y rechazó ofendido el espléndido ofrecimiento que tenía aires innegables de limosna.

Por el Este apareció Federman con una tropilla famélica y enferma. El triángulo se completaba y las dificultades acrecían. Todos querían gloria y riquezas y ninguno tenía la tierra en adelantamiento. Los tres eran tenientes o enviados de jefes más altos: Benalcázar de Pizarro, Federman de Alfínger y Quesada de Lugo. Desde ese momento iba a quedar confiada la suerte de la tierra a la astucia del más listo o a la fuerza del más fuerte. La astucia triunfó: intrigas, parlamentos, zalemas, fueron las mejores armas. Y dieron el campo a Quesada, que era un curial, un hombre de pluma y toga. El fué reconocido provisio-

nalmente como dueño de la conquista mientras la Corona aclare la situación.

Años más tarde, en 1540, Benalcázar estaba en Madrid exponiendo sus razones al Emperador. Todavía volvería a América y conservaría ese acerado brillo en sus ojos. Pero su carrera estaba en el ocaso, y su estrella estaba ocultándose.

El resto de la historia puede resumirse en un corto párrafo: obtuvo de don Carlos y doña Juana el nombramiento de Gobernador y Capitán General de Popayán, Cali y Neiva, el título de Mariscal de Castilla y el de Adelantado de las tierras que descubriera. Gozó algunos años de su Gobernación y en ellos tuvo oportunidad de prestar su contingente al infortunado Virrey Blasco Núñez Vela, con quien peleó en Iñaquito contra el rebelde Gonzalo Pizarro. Regresó a Popayán, en donde encontró alzado en armas al Mariscal Jorge Robledo, su antiguo compañero de conquistas. Vencido Robledo y sometido a un Consejo de Guerra, fué condenado a muerte y ejecutado. Despertaron entonces, con este motivo los odios contenidos, las rivalidades disimuladas. Benalcázar se vió envuelto en una campaña despiadada, sometido a un juez especial que le condenó a muerte. El Adelantado apeló de la sentencia y se dirigió a España. En Cartagena, puerto de salida, le sorprendió la muerte, dolida tal vez de un final vergonzoso e infamante. Viejo y amargado, el católico conquistador entregó su alma y terminó su epopeya, frente al Mar Caribe, lejos de las tierras fecundadas con su sangre, y lejos también de aquellas mujeres «solteras, no obligadas a matrimonio ni religión alguna», que le dieron amor e hijos.

Su obra fué portentosa y extraordinaria. Más que el conquistador fabuloso, es el sembrador de ciudades. Más que el destructor; es el creador. Pobre y analfabeto, construyó ciudades y fundó pueblos.

Así pasó por tierras de América, desafiando a la naturaleza y a los hombres, destrozando al dios de los quíttus, enseñando a los ecos andinos la melodía andante de los caballeros cubiertos de hierro y enfermos de gloria, el muy magnífico Adelantado don Sebastián de Benalcázar, vencedor de los Andes, de las marismas, de los hombres y de las bestias.

Lo hemos seguido en su odisea, y a veces parecía increíble la hazaña. Su órbita de luz deslumbra y maravilla. Su romance de conquistador español tiene sonidos de hierro, fulgurar de aceros, relinchar de caballos y orar de hombres en el paisaje azul de una América agreste.

Quito, Octubre-Noviembre de 1939.

(Conferencia leída en el Salón Máximo de la Universidad el 10 de abril de 1940, en el Ciclo organizado por el Grupo «América»).

LIBROS CONSULTADOS:

- Líbro Primero de Cabildos de Quito.—T. I.—Quito, 1934.
 Colección de documentos inéditos relativos al Capitán don Sebastián de Benalcázar.—Publicación del Archivo Municipal.—Quito, 1938.
 Cali en su IV Centenario.—Cali, 1937.
 GONZÁLEZ SUÁREZ.—Historia General de la República del Ecuador. Quito, 1891.
 JIJÓN Y CAAMAÑO, JACINTO.—Sebastián de Benalcázar.—T. I.—Quito, 1936.
 KIRPATRICK.—Los conquistadores españoles.—Madrid, 1935.
 PEREYRA, CARLOS.—Historia de América española.—Madrid, 1925.
 VALLEJO, ALEJANDRO.—La cita de los aventureros.—Bogotá, 1938.

NOTA

¿BENALCAZAR O BELALCAZAR?

He escrito en esta «estampa» el nombre de Benalcázar con *n* y no con *l*, por parecerme la escritura correcta, amparado en la autoridad de Cervantes y del máximo comentador de «El Quijote», Dn. Francisco Rodríguez Marín. Como se sabe, Cervantes dedicó su obra al Duque de Béjar, marqués de Gíbraleón, Conde de Benalcázar y Bañares, vizconde de la Puebla de Alcocer, señor de las Villas de Capilla, Curiel y Burguillos. La nota del comentador en esta edición definitiva del Quijote, dice:

«Siguiendo a Hartzenbusch, advierte don Clemente Cortejón que aunque todas las ediciones que ha consultado dicen *Benalcázar*, «la verdadera lección es la de Conde de *Belalcázar*». Sea así en buena hora; pero conviene añadir que, aunque por documentos fehacientes que se conservan en el archivo de la Casa de Osuna (Archivo de Béjar, 323, 3 y 324, 4) consta que en 1447 aquella villa se llamaba indistintamente *Gahete* o *Belalcázar*, por lo común, ni entonces ni después llamaron sino *Benalcázar* al barrio murado entre fosos que rodeaba al castillo de *Gahete*, y no había de exigirse a Cervantes que hiciera uso nuevo. Fray Francisco de Osuna, en su *Norte de los estados*, fol. 49 de la edición de Burgos, Juan de Junta, 1541, escribía: «Porque veas como el officio de las hechizeras es hazer mal, contarte he vn caso que fue sentenciado pocos años ha delante del conde de *Benalcázar*». En las Cortes de Madrid reunidas en 1563 figuró el siguiente entre los capítulos generales (*Actas de*

las Cortes de Castilla, t. I, Madrid, 1861, pág. 310): «Otro sí dezimos que, como V. M. sabe, ha muchos años que la ciudad de Toledo trae pleyto con el duque de Bejar y marqués de Gíbra-leon sobre los lugares del condado de *Benalcaçar*.....» Y asimismo *Ben*, y no *Bel*, en la portada de un libro anterior al *Quijote*. ¿Sabría el célebre doctor Nicoloso de Monardes, siendo como era médico de la Duquesa de Béjar, qué títulos tenía esta señora pues al citarlos en la dedicatoria del segundo de los *Dos Libros*, el uno que trata de todas las cosas que traen de nuestras Indias Occidentales, que sirven al uso de la Medicina, y el otro que trata de la Piedra Bezaar, y de la yerua Escuerçonera (Sevilla, Hernando Díaz, 1569), llamó a aquella señora «Duquesa de Bejar, Marquesa de Ayamonte y de Gíbraleon, Condesa de *Benalcaçar* y de Bañares». Igualmente se lee *Benalcázar* en las portadas y dedicatorias de obras posteriores a la publicación del *Quijote*, tales como el manuscrito intitulado *Dos libros de la lengua primera de España*, de fray Jacinto de Ledesma (1626), que posee la Real Academia Española. No pase, pues, por yerro de imprenta, ni menos por ignorancia o mala pronunciación de Cervantes, lo que él, como oriundo de Córdoba, en cuyo reino está *Benalcázar*, sabía tan bien como quien mejor lo supiese».

SE ACABO DE IMPRIMIR EL DIA XX DE
MAYO DE MCMXL EN LOS TALLERES
TIPOGRAFICOS DE LA UNIVERSI-
DAD CENTRAL, SIENDO RECTOR
DE ELLA EL DR. JULIO EN-
RIQUE PAREDES Y RE-
GENTE DE LA IM-
PRENTA EL SR.
ALBERTO
ARAUJO Z.